

vanagloriarse de que no habria pretension suya que no fuese razonable, ni cosa que le fuese negada. Esta hermosa griega, semejante á Marco Bruto, lo que queria lo queria fuertemente, y lo que pedia, obtenido estaba de antemano. Sucedió para su desgracia que por entónces mandase la República un austero demócrata llamado Pericles, para quien no habia otra mujer que Aspasia. Tengo para mí que Elpinice estaba frizando con los cuarenta y cinco años cuando se fué para él, y le pidió un favor de esos que los hombres de Estado no suelen conceder sino á las lágrimas mezcladas con las sonrisas de los diezinueve á los veinte. Elpinice, respondió el mal criado sin andarse en chiquitas, eres ya muy vieja para salir bien en semejante empeño. Santísima Virgen, y cómo saltaria esa divinidad herida por un simple mortal! Diana, viendo correr la sangre de su mano, no miró con furia más olímpica al feroz Diomedes. Suelta la tarabilla, dijo cosas tales, que si fuera de ahorcar mujeres, allí diera consigo al traste esa ex-reina de Páfos. Mas no hay cuidado : persona era el arconte que daba como el caucho, y se contentó con pasar por cerca de ella y decirle sonriendo :

Ni con ser tan madura dejarás de afeitarte?

Echo de ver ahora que tiré por largo cuando dije que una mujer podia llamarse jóven hasta los cuarenta años. Pero en realidad de verdad no dije eso, sino que podia ser hermosa, dando de barato que cierta madurez de corazon y abundancia de mundo, demonio y carne suplan ventajosamente el frescor de la rosa que empieza á desabotonarse y romper hácia afuera, embelesándonos

con la música sin ruido que se derrama por sus contornos primorosos. Mas cuando Calderon lo dijo, estudiado lo tendria; ni soy de los que han de ir á espantar la caza y ponerse en quintas con filósofos, poetas y amantes, los cuales, si los moliesen no convendrian en dar á la beldad perfecta ni un dia más de los que le concede la reina Margarita. Sean, pues, bellas nuestras mujeres de los quince á los treinta años, y no pongan el grito en el cielo, ni hagan de nuestra cortedad tan grande ponderacion : las árabes, á los veinte son ancianas ; ¿ qué mucho? se casan á los nueve ó los diez, y son madres á los once ó los doce. Por la mayor parte las asiáticas de las regiones cálidas viven á prisa : la pubertad se asoma en ellas con tempranadas de amor que las impulsan al matrimonio, y el flujo mensual está allí para advertir que ese adelantado enfervorizamiento no va contra la ley comun de las pasiones. En las costas de Malabar no es raro ver casadas de ocho años de edad, hábiles, por consiguiente, para los secretos del himeneo ; y ciertos viandantes observadores afirman que en algunas comarcas ardentísimas de la zona tórrida la costumbre les autoriza á las mujeres á casarse á los cuatro ó cinco de nacidas, aunque ellos no piensan que son todavía aptas para las labores de la maternidad \*. El Talmud y el Tora fijan la de los doce para el ayuntamiento legal entre los judíos. En Esmirna, Argel, la isla de Menorca paren las muchachas á los once años, lo mismo que en ciertas comarcas del mediodía de Italia y España. Las persas, las árabes, y en general todas aquellas para quienes el

\* VIREY, *Histoire naturelle du genre humain.*

menstruo prematuro es la campanada del matrimonio, viven muy poco á la belleza, siendo su juventud tan volandera, como larga y triste su ancianidad. La vida no es más corta para ellas que para los demas habitantes de la tierra : se anticipan al amor, naturaleza las trae á repelones por el mundo, devoran la existencia, y despues de ocho ó nueve años de amores y placeres, rayan en la vejez, y se duermen en ella cincuenta ó sesenta años mortales. Estas asiáticas y africanas apénas si gozan de esa época de la vida puesta entre la infancia y la pubertad ; época que entre la familia europea y la americana encierra los secretos del destino y está resplandeciendo con las joyas del porvenir. De los siete á los catorce años la mujer es capullo precioso en cuyas entrañas inocencia, amor, delirio, triunfos, placeres, lágrimas y dolores se están formando y desarrollando al compas de la alegría, que es el empeño de esa edad gozosa, pollez inocente de cuando en cuando perturbada por relámpagos de superfina malicia. Las que á los ocho ó los nueve años son madres, ¿ á qué hora han vuelto y revuelto en la imaginacion ese universo de ilusiones y esperanzas que suelen ser la dicha presente, y á veces el desengaño de lo venidero? Felicidad no tiene sino un trago en esa copa : aun muy felices si con él no apuran la ponzoña de los celos, y mueren debajo de la desesperacion, sin atinar salida en el laberinto de ese irremediable desbarajuste de pasiones.

Las europeas se llevan lo mejor en este remate universal de bienes y males con que los hombres enriquecen ó empobrecen, libertan ó esclavizan, ensalzan ó

deprimen á las mujeres en todas partes del mundo. Naturaleza es liberal con ellas : infancia y puericia, catorce años : adolescencia y juventud, otros catorce ; y dos de adehala, son los treinta de la ley : ley ó coyunda en la cual de buena gana somos esclavos apasionados con nombre de galanes, novios, maridos y amantes, el más dulce de todos. Si de allí para arriba empieza á flaquear su poderío, no es culpa nuestra : la estatua de bronce, el mármol de Páros, con sér cuerpos sin alma, beldades sin placer ni dolor, vienen á ménos entregando sus hechizos y perfecciones á ese viejo que pide limosna con autoridad y toma lo más valioso sin que nadie se lo ofrezca. Conoceis á ese tirano ? Su rostro es arrugadísimo : la barba, cana del todo, se le cuelga al pecho : los ojos brillan en él profundos, y parece que se están bebiendo horas y dias : viene á prisa, pasa al instante, y nos deja marcados con un signo indeleble que se llama *un año*. Un año más es una arruga en la frente, un nublado en los ojos, un huésped ménos en la boca. Y el viejo se va, da su vuelta por la eternidad más raudo que la luz, y vuelve á pasar por sobre nosotros, y nos huella, sin que nos quede el arbitrio de quejarnos ni curarnos : sus males y deterioros hacen operacion fuera de nuestra advertencia. Ese ladron invisible se llama tiempo. Id tras él, hermosas, alcanzadle, echadle mano : resplandor de la vista, carmin de las mejillas, suavidad del cútis, frescura de los labios, él se os los lleva : tomadle, traédmele aquí : si no os hago restituir lo mínimo , por descortes caballero me tened , mal enderezador de tuertos y ruin desfacedor de agravios.

Nada habeis perdido por haber pasado, señoras exhermosas, si dejando de ser bellas os adornais con el título de buenas, y lo sois verdaderamente. Belleza convertida en bondad es mirada de Dios que, dejando de iluminar el rostro, se mete para adentro á calentar el alma. Belleza suele valer más en el mundo; y el mundo mismo, tan cautivo de ella, no en pocas ocasiones opta por la bondad: para con el cielo ¿qué es la miserable belleza humana? Entrais en juicio con Dios, mujeres: Señor, dice una, guardando la boca guardé el alma: no puse mancilla en mi honra: la verdad, de mis labios salió: ni hambriento sin pan, ni sediento sin bocado de agua se volvieron nunca de mi casa: si tuve dos vestidos, el uno fué para la mujer desnuda: os serví sirviendo al pobre, os visité, visitando al enfermo: para mi esposo, casta, humilde; para mis hijas, ejemplo: sufrí los agravios, no acosé con mi venganza al prójimo: orden en mi casa, rigidez en mis costumbres. Si esto es ser buena, Señor, lo he sido: si con serlo he alcanzado misericordia, acogedme. Y el Señor la acoge.

Ahora tú, mujer hermosa, veamos tus méritos, tus virtudes. Dirás por ventura: Señor, mis ojos fueron negros, rasgados, sumamente bellos: ay del que se atrevia á mirarme en el centro de esa lumbre mágica.... Mis mejillas no les hubieran pedido favor á las de Herodías, la linda hebrea rojeada con la sangre del Bautista. Mis labios fueron ascuas donde ardieron amores y placeres: mi cabellera, la noche recogida en un garbín y puesta en mi cabeza: mi pecho el suntuoso palacio del deleite: mis manos, envidia de mortales, lo fueron asimismo de ángeles y serafines. No tienes otra cosa que

exponer? dice el Señor: fuiste bella; esto no hace al caso para la gloria: explaya aquí tus obras. Mis obras? Perturbé la tranquilidad de una santa reina infundiendo amor en el rey; le quité su marido á una virtuosa parienta mia; dos ó tres mancebos apasionados se volaron la tapa de los sesos por mi causa; dejé en la calle dos ó tres familias, comiéndome sus bienes de fortuna por conducto de sus padres. Todo lo sé, desventurada; no prosigas: belleza como la tuya, negra es: en el infierno priva y hace ganancia: descende adonde no verás ni una sola de esas á quienes despreciaste por faltas de hermosura visible, y aborreciste con motivo de sus buenas obras.

He aquí la ventaja de las feas que las cultivan, la suerte de las hermosas que no las practican. El nudo del asunto será poner la belleza al servicio de las virtudes, y sacar de ella provecho que no traspase los límites de la admiracion y el respeto que suelen tributarle buenos y malos en el mundo. La mujer buena está sobre la bella en el concepto de los hombres cuya vista rompe la cara y va á requerir los sentimientos del ánimo allá en el sagrado del espíritu. Salomon delinea la mujer perfecta sin que entre para nada en su modelo la hermosura física: vergüenza, modestia, castidad son diamantes de su cuello: diligente, hacendosa: se levanta á las cinco de la mañana, prende el fogon, reparte á sus criadas la lana para el día, alaba á Dios, y sigue trabajando. Su casa está cerrada á los chismes y las farándulas de los vecinos: mentira, nunca por sus labios; murmuracion, proscrita de ese recinto sacrosanto. Aseo,

atildadura, primor en todo : hasta los cozos, las sartenes están colgados con orden admirable en una espetera limpiísima. Sus doncellas no riñen jamás : ni la alegría, ni la tristeza forman escándalos en su casa : moderación preside esas virtudes, y la felicidad, cabizbaja y en silencio, está allí en forma de satisfacción modesta, pasando á los corazones de toda esa santa familia. Quién habla allí de belleza ? Perdonad si le he cogido al Sabio la palabra de la boca, y he hilado el asunto conforme con mis propias nociones de moral, en mi modo de decir y según mi convencimiento. La mujer perfecta es ésa, no la bella descuidada de sus obligaciones de hija, esposa y madre. Si yo estoy dando ciento en la herradura y una en el clavo, allí está Xenofonte que corre en mi auxilio, diciendo á su mujer : Tú tendrás, esposa mía, otros cuidados más importantes : tomas una criada que no sabe hilar, y la enseñas. Era desmañada, desagradable : tú la vuelves diestra en sus quehaceres, hacendosa, fiel y pronta. El más puro de tus placeres será ver en mí un hombre bueno y sumiso, cuando á fuerza de suavidad y gracia me hayas vuelto perfecto. En el mundo, no es la edad la que se lleva el respeto ; es la virtud. Nada más seductor, esposa mía, nada más útil que el orden : hermoso espectáculo, no para el hombre ligero y burlón, sino para el grave y pensador, es ver hasta las marmitas y los cozos colgados con inteligencia\*. Ya veis que mi cozo y mi sartén los he tomado del más casto y dulce de los escritores filosóficos, ese en cuyos labios anidaban las abejas del Himeto. Yo he puesto la

\* Iscómaco á su esposa. En las *Económicas* de Xenofonte.

espetera : bueno es que esten colgadas en ellas esas armas del hogar, utensilios benditos para la mujer que presentan de ejemplar Salomón y Xenofonte. « Oye, Iscómaco ! gusto más de la virtud de una mujer que de una obra maestra de Zeuxis. » Quién es este que así nos interrumpe ? Es ese á quien el oráculo de Delfos declaró el más sabio de los mortales, ese á quien los treinta tiranos condenaron á muerte, por que estaba enseñando la sabiduría y propagando los principios morales en Atenas.

Entrad conmigo en esta heredad embelesante : sus jardines encierran la familia de las flores, desde la rosa abierta en insolente desparpajo, hasta la humilde violeta que se está calladita á la sombra de sus hermanas mayores. Descuella la azucena á modo de infanta real : la margarita esparce por los contornos su oloroso aliento, y el jazmín la corresponde echando á su vez raudales que acarician el olfato y pasan á embriagar el alma. El lirio, el lirio azul que se gallardea como un embajador del paraíso, hace figura de poeta en medio de todas esas ninfas de Flora : cantando está, pero de suerte que sus entonaciones no le oyen sino los silfos y las mariposas á las cuales ha pasado el alma de la aurora muerta de amor por el arco iris. Galán es el clavel que no puede faltar de esos saraos resplandecientes donde rosas, azucenas y margaritas danzan como frenéticas, suspirando apasionadas en los mil brazos de favonio. Al pié de

ellas aprenden á bailar y susurrar esas pequeñuelas, soberbias ya con su hermosura, que se prometen triunfos del alocado céfiro : gramonilla y coronilla se llaman estas princesas de menor cuantía, las cuales suelen tener sus desvíos y aventuras con el ambiguo *pensamiento* que les echa sus besos aromáticos. Un ciclamor pomposo, de piés en un recodo del jardín, expone su mundo de flores carmesíes en esa exhibición de maravillas con las cuales naturaleza acredita su poder : y al otro lado se apiñan más y más un colegio de mirtos en cuyas profundidades rompe con la aurora la música de mil jilgueros. Paredes de color de tierra serian términos desapacibles de tan poéticos dominios : la yedra, extendida sobre ellas, las cubre con sus pámpanos, miéntras los arbustos corimbulosos están ofreciendo á la redonda sus racimos de mil formas y matices.

Esta es la parte bella y recreativa de la posesion campestre: la sólida y provechosa, la que constituye la herencia de su dueño y el sustento de la familia, está debajo de la madre tierra en forma de raíz humilde, preparando en sus fibras los principios vitales que sostienen al hombre. Es la papa, cuyo almidon suaviza la asperaze de la sangre : la yuca de harina succulenta : ese aduar del estado llano, tan socorrido para los pobres, compuesto de la zanahoria, el camote, el melloco ; el melloco, impulsor incontrastable, del cual Hércules sacó por ventura su secreto... Ahora las espigas? Ved si es gorda y lozana la del trigo, pan en bruto, ese grano sagrado que así representa la vida material como la espiritual ; sustancia predilecta de los hombres que se

convierte en cuerpo de Dios por obra de una alquimia superior á los alcances de nuestra inteligencia. La cebada es persona humilde ; es la plebe de las mieses ; y bien como las testas coronadas y los nobles no pudieran vivir sin el pueblo, así la cebada viene á ser indispensable en la gerarquía de la naturaleza. El licor espumante que rebosa del dorado vaso en mesa de reyes ; el polvo que va á la espalda del indio sobrio y fuerte en ordinaria mochila, ¿ todo no proviene de ella ? Noble líquido es el vino, y el más poderoso de los cordiales : *Potentissimum omnium cordiacorum est vinum*, dice Etmulero ; pero esa espuma deliciosa, ese oro disuelto con que ingleses y alemanes entonan el espíritu, no sale del trigo ni de la uva ; de la cebada sale. Si te nombro, si no te nombro, néctar de Baviera ? Humilde eres, pero socorrida ; fea, pero de buen obrar : cerveza te llamas, y eres la sustancia con que Ganimedes y Hebes secundarios mantienen á la muchedumbre y plebe de los dioses. Qué fuera de los ribereños del Danubio, de los insulares del Támesis sin este horrible líquido ? El vino, que lo apuren vampiros, que se pierda : la cerveza, que sobreviva al mundo y dé testimonio de la felicidad del género humano á los séres que le han de suceder sobre las ruinas de Germania. Pues el maíz ? Riqueza del pobre, fuerza del trabajador constante, oh grano bendito, tú eres pan y vino para la clase más útil é infeliz del Nuevo Mundo. Tu gorda mazorca seria puesta en un altar como efigie de un santo, si los frutos de la naturaleza vinieran á ser adorados en nuevo figurantismo. Sin maíz, ¿ qué es del campesino ? sin maíz, ¿ qué es del que ara, el que siembra, el que siega ? Si sólido, carne de

faisan ; si líquido, vino de Burdeos. Maíz, yo te diera ejecutorias, y fueras ofrecido al águila del monte Olimpo, si para crecerte en importancia fuera preciso ennoblecerte. El pueblo, así como es, tiene su valor : quédate de ciudadano de la clase modesta, espina dorsal de la sociedad humana por donde pasan los sucos más delicados y las sustancias de la vida. No es ésta el estado llano de España, la *clase media* de Francia ? Tú perteneces al estado llano, maíz ; y por eso encierras tantas virtudes en tu seno. El trigo, el arroz son aristócratas : tú no puedes lo que ellos ; pero ellos tampoco pueden lo que tú. El trigo y el arroz son monarquistas ; tú eres republicano : hijo del Nuevo Mundo, sustenta, sustenta al arriero que se va tras la acémila cargada ; al mestizo, señor de pegujal, rey de la sierra ; al indio, al pobre indio, que con un puñado de un grano cualquiera ó un saquito de polvo de cebada pasa el día, y todo se lo trabaja, y todo para sus amos, sus tiranos. Maíz, maíz bendito, nutre al desheredado, salva al pobre, haz tu obra de misericordia sin cansarte.

Ois ese mugido lento y amoroso que está resonando en la dehesa ? Es la vaca de ubres henchidas que clama por el ordeño : el becerrito acude, se arrodilla debajo de su madre, chupa las tetas con ahinco, llama la leche con calabazadas furibundas, las deja en punto y se retrae. Mirad si es armónico y provocativo el ruido de los dos recios chorros que salen del puño de la vaquera y se rompen en caliente espuma en el asiento del dorrajo ! La leche, vino natural, es el verdadero principio de la vida : en las venas, sangre ; en los huesos, tué-

tano ; en los conductos más recónditos, quilo precioso : todo es la leche. Y el queso ? y la carne del cebon ? y la lana de la oveja ? productos que componen los bienes de fortuna de su dueño y son lo esencial de sus posesiones, donde las flores y los arbustos estériles no son sino arrequives deslumbrantes. Pues yo digo ahora que la belleza en la mujer son las flores marchitables sin valor real ni duradero : son asimismo esas curiosas exornaciones con las cuales las más hábiles suelen dar realce á su hermosura, llamándolas música, dibujo, baile, y otras partes de la educacion exterior. Prendas del espíritu, sentimientos del ánimo, virtudes, éstos los tesoros esenciales, granos, raíces, crias y más esquilmos que vuelven opulentos á vincularios y terratenientes afortunados. El hombre cuerdo ¿ propenderá á las flores efímeras, las cuales, si animan el iris de sus ojos y acarician su olfato, ni le alimentan ni le sacan de un apuro ? Se atendrá á la heredad productora de donde saque pan, vestido, educacion para sus hijos. Si así como el propietario industrioso y vigilante sabe hermanar en el campo lo bello con lo formal, nos fuere dable criar hijas hermosas cuyo pecho sea semillero de santidades, gloria á Dios ! criémoslas, busquémoslas. Pero no echeis en olvido que ni el Sabio exige belleza en la mujer perfecta, ni entre las virtudes con las cuales la adorna Xenofonte encontramos el requisito de la hermosura. Las matitas de rosa, el culantrillo, ni el nardo fragante crecen el valor de una heredad. Las artes, á su vez, son partes de la educacion femenina, pero de la secundaria : la principal consiste en las nociones morales, el conocimiento de los deberes, la práctica de las virtudes do-

mésticas. Para Salomon y Xenofonte, la sarten primero que la guitarra; los ganchos de la espetera ántes que las teclas del piano. Insensato ha de ser el que funde el timbre y la felicidad de su hogar en los mamarrachos que estampa su novia en el carton y en las raquílicas melodías que extrae de su instrumento. El Consejo de Instrucción Pública de la Gran Bretaña ha declarado el arte de la cocina indispensable para la educacion de la mujer: para que se vea si el modo de pensar de los antiguos, en ciertas materias, puede nunca llegar á ser obsoleto ni anticuado. En cuanto á los franceses, hasta los hombres son cocineros: testigo Dumas el viejo, que pudiera entrar en campo con Heraclides y Mythico en Siracusa, con Biffi y Brillat-Savarin en Paris. Qué diria una presumidilla de las nuestras, si viese á la mariscala de Mac Mahon, su delantal á la cintura, avienta y más avienta el brasero donde se está cociendo la primera refeccion del presidente de la República Francesa! Instrumentos músicos, canto, baile, en buenhora, niña hermosa: jóven sois y afecta á frivolidades inocentes; mas ved que el ser bonita no excluye el que seais buena, ni el poseer muchas artes se viene de vuelta encontrada con el conocimiento y la práctica de los deberes femeninos. Esta es la belleza del alma, y nuestro asunto era la del cuerpo; mas ideas tan conjuntas como veis con mi intencion, imposible hubiera sido que dejasen de darse la mano; ni prestaria gran cosa una disquisicion interminable sin fundamentos de moral: donde la imaginacion viniera triunfando, el corazon por fuerza se estuviera mano sobre mano dentro del pecho, haciendo el triste papel del gurrumino que se allana á obedecer

en todo las voluntades abusivas de su tiránica esposa, en detrimento de los fueros que componen la autoridad varonil y labran la prepotencia del marido. El corazon, y con él los afectos y sentimientos del ánimo, se han de asomar afuera por el menor resquicio, y la imaginacion ha de ser domeñada y postergada muchas veces. Con esta salvedad, volvamos á la belleza física, y contémosla desnuda por un instante, sin mengua del pudor ni desafío á la modestia.

Vénus, diosa de la belleza, desnuda brota de la espuma del mar: Tétis, ni por cursada en todo género de primores, deja de admirar el fruto de sus entrañas, y da un ay profundo de alegría cuando ve toda formada á su hija comparecer y recibir los homenajes del sol, bañados de luz sus divinos miembros. Las estatuas griegas de Corinto, los restos admirables de los tesoros antiguos que hoy guardan con amor los museos de Roma, Nápoles y Florencia, ninguno trae sobre sí vestido ni cosa que hurte á los mortales las perfecciones acabadas de esos cuerpos. Verdad es que la naturaleza, si nos pone desnudos en la tierra, parece estar prescribiéndonos el vestido con esta afeccion indefectible que llamamos pudor, ó ahinco de ocultar lo que no quisiéramos fuese visto ni en pensamiento por nuestros semejantes. Razones positivas y materiales militan además por la ropa que nos cubre, y son la falta de toda defensa natural, la delicadeza de la piel, la nimia sensibilidad que nos hace encogernos como la mimosa al menor ruido de la atmósfera, digamos así, poseidos de una afeccion que tanto tiene de física cuanto de moral, siendo como so-